

»Voló Nuño en su busca al fin, queriendo de mi lazo infantil verme librada.
Va, inquiera, viene... y me contó, volviendo, la triste suerte que sufrió en Granada.
¡En un rebato pereció don Mendo!
¡Siempre fiel, aunque nunca enamorada, á no saberse de él, día tras día de mi vida hasta el fin le esperaba!

»Mas, dueña ya de mí, busqué á Rodrigo.
¡Ah! ¡No hay placer, para el amor, entero!
Sin esperanza y sin contar conmigo, que os acompaña sé de aventurero.
En traje varonil sus huellas sigo con Nuño, de mis males compañero.
Quiero morir si halla él por mí la muerte:
¡que quepa á un mismo amor la misma suerte!

»Le seguí. Vine á Palos. Vi á *Marchena*, me contó vuestra marcha, y á mi ruego fletó un buque, dolido de mi pena, y al partir, para vos me dió este pliego.
Llegué aquí al fin. De confianza llena, en vuestras manos mi destino entrego.
— ¡Bien! — la dice Colón. — ¡Bien, hija mía! — El pliego de *Marchena* así decía:

— «¡Salud, Colón! Llevando á la dadora, á la que arrastra del amor el fuego, sale un esquite tras la flota ahora: que con bondad la recibáis os ruego. Seis horas hace que rayó la aurora; y en esta carta, que con llanto riego, os envío otra vez, por si os alcanza, mi bendición, mi afecto y mi esperanza.

»Salió hoy el sol... ¡qué confusión... qué ruido! Al ver la flota huyendo á toda vela, se alzó en el puerto un general quejido que aun su recuerdo el corazón me hiela.
¡Que se van! ¡que se marchan! ¡que se han ido! grita la gente, que corriendo vuela.
¡Cuán bien la flota sin oír seguía
El *¡que se van!* que el viento repetía!...

»¡Cuanto más pienso en lo arduo de este caso, más la duda cruel mi alma lacera!
¿Se unirán el Oriente y el Ocaso?...
¿Será circunvalable nuestra esfera?...
¡Oh! ¡Cuánta gloria nos espera acaso!
¡Cuánto dolor tal vez ¡ay! nos espera!
¡Si lo grande del hecho me entusiasma, lo aventurado el corazón me pasma!

»¡Pobre pueblo!... ¡os estaba contemplando en el mar con terror los ojos fijos, todos, cuál más, cuál menos, exhalando en lúgubre tropel ayes prolijos!
¡Y yo también lloraba al ver llorando las pobres madres de los pobres hijos, que burla pueden ser del mar y el viento!
¡Dios nos perdone el mal por el intento!

»Conforme os alejabais, los cuitados, sin ver que más sus ansias encendían, subiéndose á las cimas y collados, los pañizuelos con dolor movían.
¡Adiós!... ¡adiós!... Y hasta los más osados
— *¡Todo para ellos acabó!* — decían, por sus ojos lanzando en ancha vena cristalizada en lágrimas la pena.

»Ya de ira se arrastraban por el lodo los hijos, las esposas, los hermanos; ya adioses daban de diverso modo, con ojos, lengua, corazón y manos.
¿Y las madres? Las madres sobre todo me desgarraban con sus ayes vanos, al recordar la pena que tendría, por tal dolor y en caso igual, la mía.

— *¡Fraile maldito!* — con amargo acento una gritó en mi rostro el rostro fijo: ¡era esposa!... perdono su ardimiento, ¡aunque hasta el día en que nací maldijo!
Y á algunas que con lúgubre lamento me gritaron: — *¡piedad!* — otra les dijo:
— *¡No esperéis compasión de esa alma odiosa que nunca el nombre oyó de hijos y esposa!* —

»Mas no importa: ¡valor! ¡Cruza los mares compadeciendo al infeliz *Marchena*!
¡Pronto volved á vuestros patrios lares, ó pronto ¡ay Dios! me matará la pena!
Si morís .. bien: ¡he aquí vuestros pesares!
¡Ay del que á duelo eterno se condena!
¡Quién pudiera, cambiando nuestra suerte, mi impaciencia trocar por vuestra muerte!

»¡No puedo más!... suplid lo que no os digo: os encomiendo á Dios, y él que os guarde.
Parte el esquite... ¡Con el alma os sigo!
¡Animo, pues!... Para temer ya es tarde.
¿Sabéis qué os llamará, querido amigo, la ruin posteridad, fiera ó cobarde?
SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO:
SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTOR DE UN MUNDO.»

CANTO III

EL CIELO

RESUMEN

Día 4 de agosto de 1492. — Invocación de Colón. — Descripción del cielo. — Aparición de las virtudes teologales. — La Fe. — La Caridad. — La Esperanza. — Se funden en la luz las virtudes teologales. — Continuación del viaje.

Del mar, Colón, las olas contemplando muy de mañana, en el segundo día, dice, en su empresa colosal pensando:
— ¡La voluntad de Dios será la mía! —
Luego, al cielo los ojos levantando no sé si con más pena que alegría, en la ilusión que su cerebro inflama, con alma, vida y corazón exclama:

— ¡Ayudadme en mi empresa sobrehumana, peregrinas virtudes teologales!
¡Guiadme, FE, lumbrera soberana que oscurecéis las luces eternas!
¡Valedme, CARIDAD, graciable hermana del más mísero y vil de los mortales!
¡Alentadme, ESPERANZA bendecida, último aliento de la humana vida! —

¡Cuán bueno es Dios! A esta oración tan pura abrió el cielo sus puertas de repente, viendo al punto Colón tanta hermosura con los ojos del alma claramente.
¡Muy bueno es Dios! Por eso, con ternura, se hace la gloria á la virtud patente, y si del cielo es el candor modelo, eco es también de la inocencia el cielo.

Todo reina allí en paz, aunque es activo. Nunca allí la embriaguez raya en demente. Como es de cuanto hay santo ejemplo vivo, es de lo bello inagotable fuente.
Todo cuanto allí nace es expansivo; todo cuanto allí existe es inocente. Como nada en sí el alma allí sepulta, no hay secreto placer ni gloria oculta.

Amorosas las almas en el cielo, todo, unas de otras al través, lo miran; y unas de otras en pos, con fiel desvelo, cual mutuas sombras cariñosas giran: el amor de los niños en el suelo las almas trasladar al cielo aspiran: «hermano» á todo cuanto adoran llaman: allí los seres se aman porque se aman.

Las almas su presente van pasando como un recuerdo de delicias lleno. En perspicua mudez se hablan mirando. Siente en voz alta su patente seno. Con un beso mental en sí encarnando cuanto ha criado Dios de alegre y bueno, las horas son de su existencia pura horas de fiesta en días de ventura.

Sienten las almas el placer del llanto cuando atraviesa el pecho enternecido la santa pena del recuerdo santo, del lícito placer por siempre huido; mas aunque deja con lloroso encanto algún dulce recuerdo el pecho herido, son del cielo las lúgubres endechas piedras que aguzan del placer las flechas.

Las almas entristece dulcemente el miedo de perder el bien que adoran. Porque no es su virtud más inocente, su faz las tintas del pudor coloran: ¡ah! no sintáis por la que dulce siente; ¡ah! no lloréis por las que tiernas lloran: como el dolor que con placer se canta, allí el dolor, aunque enternece, encanta.

Feliz mansión donde se está gozando
con la fe, la razón y el sentimiento.
El tiempo, que á momentos va pasando,
eterno se acumula en un momento.
Grande la voluntad, va ejecutando
cuanto apetece grande el pensamiento.
Siempre el deseo sobre el gusto flota;
nunca al placer la saciedad embota.

De improvisto, en equívoca apariencia,
las tres virtudes por Colón llamadas
descienden, cual si en vaga transparencia
de una explosión de luz fuesen brotadas.
La atmósfera embalsama su presencia:
clarifican el sol con sus miradas.
— Si del mundo faltaseis algún día, —
dijo al verlas Colón, — ¿qué quedaría?

Ved á la FE con venda transparente,
siempre durmiendo y en el bien soñando;
como Colón, intuitivamente
con los ojos del alma va mirando.
¡Feliz mil veces tú, feliz la gente
que tras tu pie inerrable va marchando,
ciega que ves sin que te alumbre el día,
que tanto ves, como que Dios te guía!

Ven, CARIDAD, de la virtud lucero;
aun vives tú si la justicia acaba.
No piensa el mal tu corazón sincero.
Puro tu labio, cuanto nombra alaba.
Modesta emperatriz del orbe entero,
que al orbe entero sirve como esclava.
Reina que el fausto del dosel no goza,
y que espía el dolor de choza en choza.

Ven, ESPERANZA, manantial risueño
que la promesa y el deseo mana.
Instigadora y cómplice del sueño.
Encarnación de un ideal mañana.

Fiera que matas sin fruncir el ceño,
y á quien perdona la bondad humana
el que nos des, infiel, mil amarguras
por ser tan fiel en prometer venturas.

Más eterna que el tiempo la ESPERANZA,
y mucho más que la desgracia fuerte,
tan fuertemente por el tiempo avanza,
que cual dios-ilusión mata á la muerte.
Perpetuo mal y eterna bienandanza:
luz de la buena y de la mala suerte:
tan grande es tu poder, tu hechizo es tanto,
que tu hermosura es tu menor encanto.

Apenas de Colón la voz fué oída,
volaron las virtudes hacia el suelo:
de todos los caminos de la vida
el más corto y mejor es el del cielo.
La esencia de ellas en la luz fundida
vuela, pero es inútil que su vuelo
ojos humanos penetrar intenten:
nadie las ve, mas todos las presienten.

Fresca es la brisa. El mar está en bonanza
Atrás los ojos húmedos tornando,
triste la gente por el mar avanza,
madres, hijos y esposas recordando.
La FE, la CARIDAD y la ESPERANZA,
todo el sér de Colón electrizando,
tocaron con la boca dulcemente
su corazón, sus labios y su frente.

Y exaltado Colón, así murmura:
— ¡Vamos, pues! Los misterios de Occidente
no los creará, como hoy, la edad futura
fantásticos prodigios de un demente. —
Dijo, y brilló en sus ojos la ventura.
Y después, anublándose su frente,
añadió: — Y si la suerte me es impía...
¡la voluntad de Dios será la mía!



EL INFIERNO

RESUMEN

El día 24 de agosto avistaron el volcán del pico de Tenerife. — Espanto de los marineros y discurso de Colón. — Animación del pico de Teide. — El cráter del volcán arroja fantasmas. — Descripción del Infierno. — Discurso de Satanás. — Más fantasmas. — Satanás se asoma al cráter del volcán. — Discurso de Satanás. — Desaparición de Satanás y hundimiento del pico de Teide. — Continuación del viaje.

Y otros veinte pasaron desde el día
en que zarpó Colón, cuando al siguiente
la chusma, que de miedo se moría,
miró el volcán de Tenerife enfrente.
Triste augurio! El que menos, se creía
que era desde él de donde eternamente
la *negra mano* del demonio mismo
las naves sepultaba en el abismo.

Apelando Colón á su experiencia,
les probó, con cien textos por lo menos,
que los volcanes eran en su esencia
hechos sencillos de malicia ajenos.
¡Discurso ineficaz! ¡Inútil ciencia!
Mientras habla Colón, de espanto llenos
creen ver los tristes, de la *negra mano*
la sombra proyectar al Oceano.

Y ¡oh! ¡cuánto más la tropa desfallece
cuando el pico de Teide se reanima...
se agranda por su base... y crece... y crece...
hasta pasar las nubes con su cima!
¿Es verdad que se agranda, ó lo parece?
La chusma cree que en realidad se anima;
aunque, si falta al corazón denuedo,
para animar los montes basta el miedo.

Cierto es que Satanás el Teide anima,
porque apoyado en su ancha cordillera,
se alza más... y hasta el cielo se sublima,
de nieve y fuego orlada su cimera.

Y el monstruo alzado así, desde su cima,
su lava, como negra cabellera,
con majestad horrible hasta su falda
suelta gentil por la marmórea espalda.

Y aquí y allí, cerniéndose, se avanza,
y ora la mar, ora los cielos toca;
y mil sombras que azuza á la venganza
vomita atroz por su sulfúrea boca.
Y á los fantasmas que del cráter lanza,
con voz les dice que el furor sofoca:
— ¡Esos son, esos son! ¡Soltad los vientos!
¡Desatad, desatad los elementos! —

Y vomitando el Teide apariciones,
ruge así removido en sus cimientos:
— ¡Esos son! ¡Guerra, guerra en sus pasiones!
¡Agitad, agitad los elementos! —
Y su ignívoma boca las visiones
arrojando en tropel sobre los vientos,
del claro sol á las variadas tintas
formas adquieren cada cual distintas.

¿Las veis? — Por donde el cráter corresponde
resurgen los fantasmas á porfía,
que el viento los enseña y los esconde,
que los alumbra y los eclipsa el día.
¿Queréis saber por qué, quién, y de dónde,
esa legión de espíritus envía?
Entrad sin miedo en el volcán que escalo:
da más horror el corazón de un malo.

Ved un lugar que lejos se columbra,
que allá hacia el fin del pensamiento toca:
la luz allí se ve, mas nada alumbrá:
cálido el aire, sin matar, sofoca.
¡Cuando la vista al cielo allí se encumbra,
sólo ve de un abismo el ancha boca!
El suelo se hunde con blandura tanta,
que nunca en firme se asentó una planta.

Indiferente á todos nuestra vida,
nuestro nombre es de todos olvidado.
La palabra *virtud* nunca fué oída.
Nunca allí la *esperanza* se ha mentado.
Con nuestros nombres el *por qué* se olvida
de las alegres culpas que han pasado;
pues si el recuerdo de ellas fuese eterno
aun nos diera placer el mismo infierno.

No se oye allí más voz que los latidos
del corazón en su clausura estrecho.
Sólo *hastío* perciben los sentidos
Solamente *rencor* brota del pecho.
Los objetos más ciertos son fingidos.
Cuanto se toca allí vuela deshecho.
No sabe qué querer la fantasía,
sólo sabe lo que *odia* y lo que *hastía*.

Ni un bello pensamiento allí enardece;
ni un noble sentimiento el pecho inflama;
todo el que piensa ó siente es que aborrece...
¡Oh! ¡maldito lugar donde no se ama!
Náufrago que se ahoga y no perece,
el hombre, eternamente ansiando, exclama:
— Dadme las dichas del dolor, ¡Dios mío!
y no *hastío* y *rencor*, *rencor* y *hastío*.

Rodeado allí de espíritus sin cuento,
celoso Satanás en su ansia loca,
de esta manera habló con fiero acento
á la grey maldecida á quien evoca:
(y antes de hablar hondo lanzó un lamento,
que repetido fué de boca en boca,
cual si el número inmenso de nacidos
gimiesen de una vez de un golpe heridos.)

— ¡Ay! contra mí otra vez sus rayos vibra
el gran poder que mi poder aterra:
si da un paso Colón, de mí se libra
entre yo y Dios la compartida tierra.
Mi poder y el de Dios desequilibra;
¡y aun no empezáis, hijos del mal, la guerra?
Su flota sea á vuestro soplo aleve
arista vil que el vendaval se lleve.

» Tú, IDOLATRÍA, á la infernal ralea
inspírale el rencor que arde en tu seno;
por tí el culto del sol sangriento humea,
y asuela Djaggernat de horrores lleno.
Que el mundo, como es hoy, por siempre sea,
revuelto en sangre, lágrimas y cieno,
de ídolos falsos insondable abismo.
¡QUE TODO SEA DIOS, MENOS DIOS MISMO!

» Tus lenguas mil, por el honor malditas,
mueve también, ENVIDIA infamatoria,
que el brusco sol de la verdad evitas
tras la sombra del árbol de la gloria.
Si en sorda guerra languaraz te agitas,
no hay sabio en la opinión ni héroe en la histo-
que á tus dardos, ni oídos, ni sentidos, (ría
muertos no caigan por la espalda heridos

» Y tú, IGNORANCIA, cuyo brazo fuerte
del humano progreso el curso estanca,
que escarneciste con tan buena suerte
el numen de Colón en Salamanca,
su intento colosal condena á muerte.
La ciencia, como Omar, del mundo arranca.
Luzca precoz con vivo centelleo
el puñal que le aguarda á Galileo.

» Del semidiós Colón, vuestras legiones
confundan los titánicos intentos,
ya enardeciendo bajas las pasiones,
ya agitando en tropel los elementos.» —
Dijo así; y del infierno las visiones
por el cráter lanzadas á los vientos,
del claro sol á las variadas tintas
formas adquieren cada cual distintas.

Y estos son los fantasmas que á porfía
resurgen por el cráter esplendente
cuando la chusma, que de horror moría,
mira el volcán de Tenerife enfrente.
Sombra que eclipsa y que esclarece el día,
que esconde y muestra á medias el ambiente...
No en vano el mundo con baldón eterno
á Tenerife le llamó el *Infierno*.

¡Triste recuerda á su país la gente,
al ver que aumenta del volcán la llama!...
¡Cariñoso acudiendo á nuestra mente,
más nos hiere al morir lo que más se ama!
El Teide en tanto inexorablemente,
brotando sombras sin cesar, exclama:
— ¡Esos son, esos son! ¡Soltad los vientos!
¡Desatad, desatad los elementos!

Y Satanás el cráter asaltando,
hasta sacar el pecho á alzarse prueba,
cual el humano corazón rasgando
remordimiento aterrador se eleva.
El mundo en torno con rencor mirando,
en el espanto general se ceba,
como heraldo fatal que anuncia luego
algún diluvio general de fuego

Y dijo así, las naves circundando
con su ardiente y negruzca cabellera:
«¿Adónde vais, ilusos, traspasando
esta de muertes perennal barrera?
¡Atrás! volved las proas. ¡Yo os lo mando!
¡Yo, de naufragios eternal lumbrera!
¡Yo, que altivo guardián de un mar ignoto,
á la humana ambición sirvo de coto!

» ¡Atrás! ¡No hay más allá! ¡Los huracanes
ecos son nada más de mi fiereza!
¡Como veis, mis alientos son volcanes!
¡Sacude las borrascas mi cabeza!
¡En un día de enconos y de afanes
me engendró y puso aquí naturaleza,
para que abisme con mis *negras manos*
cuanto á inquirir se atreva sus arcanos!

» ¡No hay más allá! La mar que veis enfrente,
cuya sola extensión al mundo aterra,
con sus llaves de fuego eternamente
mi *negra mano* inexorable cierra.

CANTO V

HISTORIA DE COLON

RESUMEN

Historia de las islas Canarias. — Historia de Colón. — Su patria. — Combate naval. — Llega á Lisboa. — Su casamiento y vida. — Su proyecto desechado por el Rey de Portugal. — Idem por Génova y Venecia. — Llegada á Palos. — Marchena. — Garcí-Fernández. — Llegada á Córdoba. — Talavera. — Alonso Quintanilla. — El cardenal Mendoza. — Examen en Salamanca. — Tomas de Baza, Loja y Málaga. — Sus amores en Córdoba con doña Beatriz Enríquez. — Retorno á Palos. — Vuelta á la corte. — Santángel y Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya. — Isabel la Católica. — Fernando V. — Pactos con el Rey. — Parte á Francia. — Vuelta á la corte. — Arraque de la Reina. — Se firma el pacto. — Los Pinzones. — Salen de Palos. — Primera avería. — Se dirige á las Canarias á reparar su avería. — Salida de la Gomera. — Conclusión del canto.

Heredó las Canarias un Herrera,
oscuro ciudadano de Sevilla;
islas todas que, excepto la Gomera,
enajenó á los Reyes de Castilla.
Que Herrera, rico ya, la isla postrera
guardase para sí, no es maravilla,
sin duda el tal para tener por donde
ser, como fué, de la Gomera conde.

Ya vuestro ardor, desatentada gente,
desagradando á Dios, pasma á la tierra:
¡y al ver tanto valor, hasta yo mismo
lleno de ira y pavor torno al abismo!»

Dijo, y se hundió. Y el Teide, el gran bajío
del mar de éter que el globo circunvala,
se encorva... baja más... se hunde sombrío...
y á su primer nivelación se iguala.
La flota de Colón, cual por un río,
tranquila en tanto por la mar resbala,
mientras la gente aun ve en los horizontes
lo que ve el miedo que reanima montes.

¡Adiós!... ¡Todo pasó!... La isla dejando,
vira la flota hacia la Gran Canaria.
¿Y el monstruo? — No se ve. — Ya van pensando
si sería su mano imaginaria.
¡Bravo! á su faz, conforme van virando,
se asoma una sonrisa involuntaria...
No parece sino que, más serenos,
temen al diablo por la espalda menos.

Corren los buques... La distancia crece...
El antiguo valor la fe reintegra.
Poco á poco el volcán morir parece...
¡Cuánto á la chusma su extinción alegra!
Mengua el pico... se abisma... desaparece...
¡Y las visiones... y la *mano negra*!...
¡Todo se disipó, del mismo modo
que se disipa en la existencia todo!...

Se halla Colón sus penas refiriendo
en la casa del conde ciudadano,
mientras un don Elías le está oyendo,
deudo del tal Herrera sevillano.
Colón con don Elías departiendo,
frente el uno del otro y mano á mano,
cuenta su historia con la tierna gracia
con que al mérito adorna la desgracia.